

El sacerdote y el diálogo con el mundo¹

P. Dr. Cornelio Fabro

*Palabras de homenaje en la ceremonia
por el 60º aniversario de Sacerdocio de su
Eminencia Reverentísima, el Señor
Cardenal Giuseppe Pizzardo, obispo
de Albano, Prefecto de la Sagrada
Congregación de los seminarios y de las
Universidades, el 2 de septiembre de 1963.*

Eminencia Reverendísima, después de las palabras tan cordiales y elocuentes del Eminentísimo Card. Provicario, ¿qué queda para un pobre sacerdote? No obstante, tratándose del 60º aniversario de Sacerdocio, casi casi, Eminencia, me parece que la palabra, tal vez más adecuada, corresponda propiamente a un humilde sacerdote, y estoy agradecido a mi Director que, con su insistente benevolencia, haya pensado que sea un Sacerdote del Cuerpo Académico quien exprese a nuestro Padre, a nuestro Fundador, los sentimientos de esta bellísima y santa circunstancia. Para hablar del Sacerdote hay que elevarse a aquel nivel de absoluta espiritualidad, diremos de perfecta rarefacción del finito, en el que el hombre de alguna manera siente su vocación entre las cosas eternas que no pasan con el flujo del tiempo, y en este sentido me parece que celebrar el augusto aniversario de un Sacerdocio es como llevarnos a la fuente primera de la vida del alma, a sentir aquella trascendencia completa y continua que el hombre encuentra en el representante único, verdadero, aunque a veces indigno de la religión y encuentra en él como el punto de

¹ Publicada en CORNELIO FABRO, *Momenti dello Spirito II*, Assisi 1983, 35-41.

irradiación de una esperanza que no puede fracasar. Y me parece que en esta circunstancia hay tres pensamientos fundamentales, pensamientos que vienen a la mente de los Sacerdotes que aún no hemos llegado al 60º aniversario, pero que ya hemos superado el 25º; vienen a nuestra mente estos pensamientos como un refugio de aquello que la vida a veces nos hace padecer y sufrir, porque podemos ver propiamente a través de la educación, al mismo tiempo trascendente y trascendental de la Divina providencia, cuál es la verdadera misión del Sacerdote ministro de Dios.

Como primer punto me parece que el fin del Sacerdocio es un *diálogo con el mundo*, segundo punto un *diálogo con la Iglesia*, tercer punto un *diálogo o regreso a sí mismo* casi después de la aventura de la vida que cada uno emprende con todo su riesgo.

En el diálogo con el mundo, el sacerdote se encuentra frente al problema de la verdad que salva. El hombre está hecho para la verdad, se dice, pero la verdad se hace poliforme, varia, es decir, se articula según todo el complejo de las fuerzas que obran en una conciencia, en una civilización, en una cultura; la verdad se viste de todos los colores de los horizontes de esta civilización que avanza.

Nosotros, de hecho, en esta post-guerra hemos visto como esta sociedad se ha articulado y transformado, provocando un vértigo como nunca antes lo había hecho. El problema de Dios, el problema de la salvación humana y bajo ciertos aspectos la situación de este problema parece paralizante, parece de algún modo talmente inminente que el hombre no encuentra un rayo de luz para poder orientarse. Nunca como en este momento las vías del pensamiento, de la cultura, de la técnica han dado al hombre la posibilidad de expresarse, de captar las fuerzas del espíritu y del universo y de cualquier modo de estructurar el itinerario y resultado del propio destino: y sin embargo, vuestra Eminencia lo sabe por las responsabilidades que Dios y los Sumos Pontífices le

EL SACERDOTE Y EL DIÁLOGO CON EL MUNDO

han confiado, nunca como hoy el hombre siente el peligro esencial, advierte la contingencia del propio ser, se da cuenta que hay alguna cosa que lo acecha no ya desde el exterior sino que ha llegado a lo íntimo, que ha divisado el secreto que parecía más impenetrable y le ha dado un sentido de inseguridad radical. El hombre ya no puede gloriarse, como se gloriaba durante los tiempos de nuestros estudios, de una seguridad en la vida de la cultura y en la realidad social exterior, el hombre hoy está rodeado de peligros que él ha construido con la soberbia de la propia inteligencia, aquella soberbia que en cierto momento se ha encontrado frente a la humildad; nunca en la historia de la humanidad como en este momento los hombres han comenzado a mirarse de un modo que tal vez no es todavía claramente fraterno pero que alude a un sentimiento de simpatía, de consideración, de conmiseración, de alguna cosa que podrá ciertamente transformarse, por la apertura de los corazones y de las mentes, si no en una pacificación universal, al menos en una convivencia verdaderamente humana y libre.

El diálogo del sacerdote con el mundo, decíamos, es el diálogo de la verdad que salva; hoy el mundo espera mucho del sacerdote, y vuestra Eminencia en los 60 años activos, digamos insomnes años de sacerdocio tiene un panorama que ninguno de nosotros puede todavía atribuirse. ¡Cuántos eventos, cuántos cambios históricos de gobiernos, de instituciones, de formas de cultura, de crisis incluso dentro de nuestra Italia han pasado bajo su mirada solícita, han tocado su corazón preparado, han estimulado su mente atenta!

Este coloquio con el mundo es una de las funciones constitutivas del sacerdocio; el sacerdocio ama el ocultamiento, se escabulle por las calles llevando caridad a los necesitados, se encierra en el confesionario para escuchar el tormento de los corazones, sube a las tribunas de la verdad para abrir las inteligencias a esta verdad que puede dar todavía al hombre un motivo de salvación. El sacerdote que generalmente es dejado al margen de la socie-

dad, el sacerdote que es mirado como una rara excepción, o incluso más, a veces, es compadecido y soportado, el sacerdote se presenta a la gente del mundo como algo que constituye un juicio en acto, y es un juicio dado en forma tan discreta, tan apartada y humilde que no admite reticencia. Ésta es la plena grandeza del sacerdocio, llevar la verdad de Cristo a las almas, sentir que el mundo si bien es el Cosmos en el sentido griego, como la asamblea de los seres y el desarrollarse de sus leyes y perfecciones, sin embargo también es el Cosmos del cual el Señor en el Evangelio de San Juan nos dice que Dios no ha amado el mundo. Hay también un Cosmos interior, aquel Cosmos de las almas del que habla San Agustín, es decir, aquellos que hoy son pecadores e infieles, y que mañana pueden llegar a ser ovejas de la grey de Cristo; existe este misterio de libertad y el diálogo del sacerdote con el mundo es sobre todo un diálogo de libertad; es un don de esta libertad.

Permítame, Eminencia, que haga alusión a un aspecto un poco más complejo, pero que me parece también más simple y sobre el cual todavía no se ha hecho plena luz, al menos en mi pobre inteligencia. Después de haber considerado este aspecto específico, que es el progreso cultural, existe todavía un aspecto en el diálogo del sacerdote con el mundo, con este mundo del cual vuestra Eminencia ha sido un protagonista apasionado, y es el hecho del desquiciamiento, diremos, de la ausencia activa, que la filosofía moderna ha hecho del problema de Dios, del problema del Sacro, es decir, de cualquier valor eterno al cual el hombre se debería aferrar para una esperanza de vida. La filosofía moderna ha decidido, después de estas dos últimas guerras, eliminar todo equívoco y se ha consolidado en su propósito esencial de reivindicar para el hombre el poder de decidir su destino. Si verdaderamente es el hombre, si es su conciencia, si es su pensar el que da a la realidad su fisonomía, a los principios su verdadero sentido, entonces todo lo que el hombre configura, lo configura sacándolo de la virtualidad, moviéndose de las posibilidades que

EL SACERDOTE Y EL DIÁLOGO CON EL MUNDO

yacen en su ser y entonces, al fin, el hombre debe afirmar que todo lo que se debe obrar, lo que se debe producir en la vida pública y privada debe configurarse y adaptarse a la medida del ser humano. Esto es lo que afirman las filosofías contemporáneas, aquellas filosofías de las cuales encontramos continuos ejemplos en la prensa cotidiana, semanal o cultural, es decir, que hablar de Dios, de lo trascendente, de la inmortalidad ya no tiene sentido más allá de aquello que es el juicio histórico que los eventos mismos se encargan de dar.

Por consiguiente, todo hombre debe abandonarse a este ritmo de la historia, inerme y vencido frente a sus resultados. Parece, por consiguiente, el completo fracaso del ser humano, y estas filosofías modernas confiesan abiertamente esta solución, que el hombre en cuanto tal no puede pretender llegar a cosas universales, realizar la totalidad, ya que él es simplemente parte y momento transitorio de un tiempo que él no puede contener.

Nos parece, Eminencia, que esta especie de ateísmo que se dilata en todo el mundo no es más que una llamada secreta y casi un apelo más esencial, como nunca antes ha habido, de la presencia de Dios en el mundo, porque cuando se advertirá que sólo en una familia humana los hombres se pueden entender, se percibirá que esta familia tiene que tener un padre, y el Padre nuestro es único: Dios en los Cielos.

Segundo, y breve pensamiento, Eminencia, es respecto a su apostolado verdaderamente excepcional; no he tenido la suerte de seguir a su Eminencia en su extraordinario curriculum, recuerdo que de joven estudiante escuchaba hablar de su actividad en la Secretaría de Estado; recuerdo todavía la documentación fotográfica del Concordato en el que Vuestra Eminencia aparece, y me pareció una persona tan grande, puesta tan en alto por los eventos y casi atónito pensaba en aquella que debe ser la misión de un hombre, de un sacerdote, cuando es llamado a estas res-

ponsabilidades de las cuales depende la paz, la armonía y el consuelo de un entero pueblo.

El segundo diálogo del sacerdote es con la Iglesia; ¿qué puede decir un pobre sacerdote y un más pobre profesor de filosofía de una vida como la de su Eminencia, pasada en los más altos cargos, cerca de cinco Pontífices, en colaboración activa?

¡Cuántos acontecimientos, cuántas crisis, pasaron ante la mirada de un Príncipe de la Iglesia que fue llamado a colaborar en el modo más responsable con el Vicario de Cristo!

Pienso que tal vez en el mundo entre los regocijos, las alegrías, las responsabilidades, ciertamente tendrá el premio que corresponde a un Santo Príncipe de la Iglesia de Dios. Pero aquello que hoy toca a nosotros, y queremos humildemente expresar, es el aspecto, no quiero decir paradójal, sino el aspecto de sorprendente alegría que su vida nos infunde y nos da. No creo, Eminencia, que Ud. me reprochará si digo que, aunque no siendo propiamente un estudioso de carrera, Su Eminencia ha dedicado, ha puesto a disposición de las instituciones de estudios superiores la mejor parte de su inteligencia y de su corazón.

¡Aquí las competentes «*Missionarie della Scuola*» me han hecho un elenco de las varias instituciones que Ud. ha fundado, dirigido y sostenido con su generosidad! Dos son los aspectos que merecen una reflexión en esta obra que ha permanecido tan escondida. El primero es el amor sin confines de Su Eminencia por los seminarios y los seminaristas. ¡Cuántas veces en las reuniones con su eminencia, Ud. se explayaba en las dificultades de los seminaristas italianos, me hablaba sobre la necesidad de ayudar a estos seminaristas pobres, y se percibía en las palabras de su Eminencia un afecto paternal! Ud. ha sido el «mendigo y el Padre del sacerdocio italiano». ¡Cuántas cartas, cuántas firmas, cuántas peticiones y tal vez cuántos desalientos, Eminencia, cuántos dolores... cuán parte de estas peticiones retornaban solamente con buenas palabras!

EL SACERDOTE Y EL DIÁLOGO CON EL MUNDO

El segundo aspecto es la instrucción universitaria. También en la vida universitaria se ha llevado a cabo una transformación, la Universidad hoy no es más aquel ambiente segregado al que arribaban sólo representantes de la alta burguesía. Hoy la Universidad es abierta, esta dilatación del instituto Universitario ha traído consigo la transformación de la conciencia común, trae consigo una especie de representación de los ideales humanos, junto a una fragmentación de las zonas de cultura, y junto a un algo que, mientras dispersa esta conciencia, la llama a un ideal de síntesis, a un interrogante que la alta cultura está llamada a dar.

En este diálogo del sacerdote con la cultura, la tarea parece muy restringida, y por esto la Iglesia apela a los laicos, quiere que sean sus colaboradores, quiere que sus hijos no estén a la retaguardia de la cultura sino que aspiren con generosidad de propósito y apertura de mente a los puestos más elevados, y por esto es que la Iglesia asiste, promueve institutos universitarios, para que los católicos puedan contender, competir con honor con cualquier institución. Este ideal de alta cultura se está todavía formando. Tal vez aún no hemos logrado, todavía en Italia, esta convicción firme que sin una institución universitaria de la conciencia cristiana difícilmente podremos competir contra los errores de la política, de la economía, de la educación y de cuanto alimenta el laicismo operante en las estructuras principales de la vida nacional. Otras naciones más pequeñas han progresado más que Italia, pero por esto a su Eminencia le corresponde una alegría incomparable, la de haber gastado los años más fúlgidos de su vida, cuando el Santo Padre lo había llamado a las más altas responsabilidades, la de haber pensado sobre todo en esta institución Universitaria y la de haber invitado a las religiosas con las miles de niñas y jóvenes por ellas educadas a este Instituto, que es el nuestro, para darles junto con la plena garantía moral y la seguridad del espíritu también la completa instrucción superior. Por eso podemos decir que este diálogo del sacerdote con la cultura es un deber y es un consuelo; es un deber porque la verdad

que desde el inicio del mundo toca a cada ser, establece leyes, estremece cada corazón y guía la historia, es justo que esta verdad se afirme en las conciencias y que cada uno permita aquel consentimiento del corazón para que ésta se transforme en vida operante.

Además de este diálogo del sacerdote con la cultura, se añade —ante su honrada persona—, el que hacemos con nosotros mismos en esta circunstancia de alegría excepcional. Nosotros somos el fruto de su amor y de su sacrificio, nuestro Instituto, y me agrada considerarlo como el fruto más alto de su celo apostólico, la criatura predilecta. Quien ha podido frecuentar y gozar de la paterna benevolencia de Su Eminencia, como quien ahora le habla, cuando era su colaborador directo, conoce las preocupaciones, las ansias, los proyectos, los planes para poder sostenerlo, para poder garantizar un cuerpo docente que pueda competir con cualquier Universidad italiana, como ahora hace, y como ciertamente continuará haciéndolo. Así también puede dar testimonio de la alegría, la satisfacción, diría, casi la sonrisa que nacía de su corazón cuando escuchaba los logros de nuestras alumnas, todas sobresalientes, y que han hecho honor a nuestro Instituto. Casi se tenía la impresión que hablándole del funcionamiento del Instituto, Ud. recobraba vida, se abría a una sonrisa completa, sin sombras, y nosotros le prometemos que esta sonrisa por cuanto depende de nosotros no podrá sino acrecentarse.

Quisiera concluir con un pensamiento humilde, como dije desde el inicio: la vida humana es un misterio para todos, y nosotros sacerdotes somos los más presentes, los más cercanos y tal vez los testigos más sufrientes de este misterio. Nosotros escuchamos los primeros gemidos, acompañamos a los hombres en las crisis y peligros de la vida, escuchamos las esperanzas y sobre todo escuchamos las desilusiones, las desesperaciones, las añoranzas, todo lo amargo que la vida reserva al hombre a través de las crisis internas y las crisis externas, a través de la traición de los amigos y a través de los asaltos de los enemigos de todas partes. Y

EL SACERDOTE Y EL DIÁLOGO CON EL MUNDO

por diferente que pueda ser la civilización, por compleja que pueda ser la disponibilidad de los medios de la vida humana, también hay algunos dolores fundamentales que ninguna técnica y ninguna filosofía cabalística podrá nunca eliminar, y es este tormento interior, esta herida continua de las cosas finitas, esa incertidumbre de la que cada hombre es principio por sí mismo, aquella aspiración no saciada, aquella luz que surge y jamás arriba a resplandecer completamente, aquel amor que nos atrae y guía en ciertos itinerarios y después parece que desciende en el abismo como un río a través de cavernas. Esta es la misión del sacerdote, de tener encendida esta llama. Ud. Eminencia la ha tenido encendida por 60 años. El ápice de esta llama, gran parte diría, es nuestro Instituto, y por esto, Eminencia, permítanos que nuestro Instituto sea considerado como la pupila de sus ojos, incluso si, como sucede a menudo con las criaturas más queridas, ciertamente este fue su cruz.

El ansia de dar a la Escuela Católica un personal docente a la altura de los tiempos, preparado a desarrollar su misión en la armonía de la razón y de la Fe, nos encuentra aquí a todos unidos hoy festejando en esta celebración y deseamos que ésta sea un conforto para nuestro Padre y para cada uno de nosotros un recuerdo indeleble, como una semblanza interior que queda *in memoria cordis* entre las cosas más queridas.

Traducido por P. Higinio Rosolén, IVE